

ORACION FÚNEBRE  
DE LUIS EL GRANDE,  
REY DE FRANCIA,  
DICHA EN LA SANTA CAPILLA  
de París.

*Ecce magnus effectus sum, & præcessi omnes sapientia, qui fuerunt ante me in Jerusalem..... & agnovi quod in his quoque esset labor, & afflictio spiritus.*

He sido grande, y he excedido en fama y sabiduría á todos mis predecesores en Jerusalén; y he conocido que aún en esto no hay mas que vanidad, y afliccion de espíritu. *Eccles. 1. v. 16. 17.*

**S**olamente Dios es grande, católicos, y se manifiesta tal, especialmente en los últimos momentos en que preside á la muerte de los Reyes de la tierra. Quanto mas han resplandecido su gloria y su poder, mas acreditan, al desvanecerse, la suprema grandeza; entonces Dios se manifiesta con todo su poder, y el hombre nada es de quanto parecia.

Feliz el Príncipe cuyo corazón no se ha ensalzado en medio de sus prosperidades y glorias; que semejante á Salomón, no espera á que su grandeza espire con él en el lecho de la muerte, para confesar que esta no era mas que vanidad y afliccion de espíritu; y que se ha humi-

llado baxo la mano de Dios, al mismo tiempo que la adulacion le daba á entender que era mas que hombre.

Bien públicas han sido, católicos, las grandezas y victorias del Rey que lloramos; la magnificencia de los elogios ha igualado á la de los sucesos; todo lo han dicho los hombres hablando de su gloria; ¡pues qué me queda á mí que hacer, sino hablar para nuestra instruccion!

Este Rey, terror de sus vecinos, asombro del Universo, Padre de Reyes, mayor que todos sus antepasados, mas magnifico que Salomón en toda su gloria, conoció como él, que todo era vanidad; el mundo ha estado admirado del resplandor que le rodeaba; sus enemigos han embidiado su poder; los Estrangeros vinieron desde los Países mas remotos á baxar sus ojos delante de la gloria de su Magestad; sus mismos Vasallos casi le levantaron Altares; pero esta fantasma que se formaba al rededor, no pudo engañarle.

Vos ¡oh Dios mio! habiais infundido en él el terro de vuestro nombre. Estaba escrito en el libro eterno entre la sucesion de los santos Reyes que habian de gobernar vuestros pueblos; le habiais revestido de grandeza y magnificencia; Pero todavia era poco esto: Era preciso tambien que fuese señalado con el caracter de vuestros recogidos. Vos, Señor, recompensasteis su fé con tribulaciones y desgracias. El buen uso de las prosperidades puede darnos derecho al reyno de los cielos, pero solamente la afliccion y la violencia son las que nos le aseguran.

¡Miramos nosotros, católicos, del mismo modo la inconstancia de las cosas humanas? Sin recurrir á los siglos de nuestros Padres, ¡qué lecciones no nos ha dado Dios en este siglo! Hemos visto casi aniquilada la Real extirpe; los Príncipes, esperanzas del trono, arrebatados en la flor de su edad; hemos visto al Esposo y á su Augusta Esposa encerrados en un mismo feretro en lo mejor de sus dias, y á las cenizas del hijo seguir tristemente, y aumen-

tar el aparato lúgubre de sus exequias: Hemos visto al Rey, que habia pasado desde una menor edad tempestuosa al reynado mas floreciente de que hay memoria en nuestras historias, caer desde esta gloria en unas desgracias superiores á sus antiguas felicidades; le hemos visto levantarse mas Augusto en medio de estas pérdidas, y sobrevivir á tan diversos sucesos para dar gloria á Dios, y confirmarse en la fé de los bienes inmutables.

Estos grandes sucesos pasan á nuestra vista como Scenas fabulosas: El corazon se mueve por un instante á vista del espectáculo, pero estos movimientos cesan con la representacion, y parece que Dios ha obrado tantas revoluciones acá en la tierra, solamente para burlarse del Universo, y mas para divertirnos que para que nos sirvan de instruccion.

Añadamos, pues, á esta triste ceremonia las palabras de la fé, porque sin ellas seria vana é inutil: Refiramos, no las maravillas de un reynado que ya han ensalzado tanto los hombres, sino las maravillas que Dios obró en el Rey que hemos perdido. Representemos aqui sus virtudes, y no sus victorias: Manifestemosle mayor en la cama de la muerte, de lo que era antiguamente en el trono en los dias de su gloria. No defraudemos á la vanidad de sus elogios, sino para darselos á la gracia. Y aunque es verdad que fue grande, tanto por el inaudito esplendor de su reynado, como por los heroycos pensamientos de su piedad, dos reflexiones á que se reducirá esta religiosa obligacion que tributamos á la memoria del

*MUY ALTO, MUY PODEROSO, Y MUY EXCELENTE PRIN-  
CIPÉ LUIS XIV. DE ESTE NOMBRE, REY DE FRANCIA,  
Y DE NAVARRA:* Hablaré de la gloria y grandeza de su reynado, solamente para manifestar que conoció su vanidad y sus peligros; y de su piedad, para proponer é inmortalizar sus exemplos.

## PRIMERA PARTE.

Lo mismo que sirve á los Reyes de grandeza en la tierra los sirve tambien de peligro: Los famosos sucesos de la guerra, la magnificencia en la paz, la elevacion de pensamientos, y la magestad en la persona es lo mas que puede hacer desear la vanidad á los Soberanos, y esto mismo es lo que la fé debe hacerlos temer.

El Rey por quien rogamos pasó, por decirlo así, desde la cuna al trono; no disfrutó las utilidades de la vida privada, que siempre es util para el Soberano, porque le enseña á conocer á los hombres, y porque estos le enseñan á que se conozca á sí mismo.

Pero Dios, que cuida de la infancia de los Reyes, y que al mismo tiempo que forma sus primeras inclinaciones, parece que forma los públicos destinos, derramó desde luego en su alma aquellas grandes prendas que suplen por las instrucciones, y que no siempre suele dar la educacion.

Sosegadas las inquietudes de una menor edad que habia durado mucho tiempo, por los cuidados de una Regente virtuosa, y de un Ministro hábil, al salir *Luis* de estas nubes, empieza á manifestarse á sus pueblos: La juventud, que parece es siempre mas amable en los Príncipes; aquel augusto semblante, que por sí solo anunciaba la soberanía; el amor perpetuo de la nacion á sus Reyes, todo le hacia dueño de los corazones, porque un Príncipe es verdaderamente Rey, solo quando, si es licito decirlo así, le proclama el amor de los pueblos.

La Francia iba adquiriendo entonces aquel estado floreciente que un nuevo reynado promete siempre á los Imperios: Las guerras civiles mas habian servido de aguerrirla y limpiarla de malos ciudadanos, que de destruirla. Los Grandes reunidos al pie del trono, no pensaban mas que en defenderle; las guerras extranjeras, que todavia no eran mas que de Nacion á Nacion, ocupaban el valor de

de sus vasallos, sin debilitar sus pueblos: La Francia hubiera sido feliz, si después no hubiera conocido todo su poder, y si ignorando lo fácil que la era conquistar, no hubiera experimentado después quanto podía perder.

El casamiento de la Infanta de España con *LUIS* acababa de suspender la antigua oposición que la vecindad, el valor, y el poder formaban entre las dos naciones. Los Pirineos, que tantas veces las habian visto disputarse la victoria, las vieron llevar en triunfo sobre los mismos lugares las augustas prendas de la paz; el lecho nupcial se fabricó, por decirlo así, sobre el famoso campo donde se habian dado tantas batallas: Allí, sin saberlo, celebraban el futuro nacimiento de un Soberano, que este matrimonio habia de dar algun día á España; pero este gran día, que después produjo la reunion de los dos Imperios, no pudo con todo eso reunir los corazones.

La Regente sobrevivió poco tiempo á la alegría de una ceremonia que fue fruto de su prudencia, objeto de todos sus deseos, y corona de su gloriosa administracion. El gran Ministro que la habia ayudado á sostener el peso de los negocios, y que no obstante estar la Francia conjurada contra él, habia sabido salvarla, habia visto poco antes espirar con él una autoridad que nunca sufrió la Francia sin envidia en manos de un Estrangero; pero las mismas tempestades habian afianzado esta autoridad.

*LUIS* se halló solo, joven, pacífico, absoluto, y poderoso á la frente de una nacion belicosa, dueño de los corazones de sus vasallos, y del mas florido reyno del mundo; deseoso de gloria, rodeado de Capitanes viejos, cuyas pasadas hazañas parecian arguirle del reposo que les dexaba gozar. ¿Qué cosa tan difícil es para el que todo lo puede, desconfiar de que todo puede intentarlo!

Lo feliz de nuestros sucesos justifican inmediatamente nuestras empresas; nos apoderamos de la Flandes como

pa-

patrimonio de Teresa, y mientras nuestros manifiestos publican nuestros derechos, nuestras victorias los deciden.

La Holanda, aquel baluarte que nosotros mismos habiamos levantado contra España, cede á la fuerza de nuestros golpes. Sus ciudades, delante de las quales se habia visto tantas veces burlada la intrepidez Española, no tienen murallas que puedan resistir al valor Francés; y en una sola campaña le faltó poco á *LUIS* para arruinar la obra lenta y penosa del valor y política de un siglo entero.

Ya se enciende el fuego de la guerra en toda Europa, el número de nuestras victorias excede al de nuestros enemigos, y quanto mas se aumentan éstos, mas se multiplican aquellas. El Esquelda, el Rhim, el Pó, el Ther son débiles diques para detener lo rápido de nuestras conquistas; se une toda la Europa, y sus fuerzas reunidas solo sirven de manifestar la superioridad de las nuestras; las desgracias irritan á nuestros enemigos, pero no los desarman; sus derrotas, que debieran poner fin á la guerra, la eternizan; tanta sangre derramada sirve de mantener el rencor, en vez de apagarle; los tratados de paz no sirven mas que de disposicion para una nueva guerra. Munster, Nimega, Risvic, en donde congregada toda la ciencia de la Europa prometia dias tan serenos, no formaba mas que relampagos, que anunciaban nuevas tempestades; se mudan las circunstancias, pero nuestras prosperidades siempre continúan; jamás habia visto la Monarquía dias mas felices; en otros tiempos se rehacia de sus desgracias, pero ahora estuvo á pique de perecer, y ceder al peso de su propia gloria.

Toda la tierra parecia que no bastaba para nuestros triunfos, la mar gemia con el número y enorme peso de nuestros Navios: Nuestras Armadas Navales, que en los anteriores Reynados apenas bastaban para defender nuestras costas de los insultos de los Piratas, introducian en todas partes el espanto y la victoria. Los enemigos

acometidos aún en sus mismos puertos, parece que habian cedido al Estandarte de la Francia el imperio de los dos mares. La Sicilia, la Mancha, las Islas del nuevo mundo habian visto ensangrentadas sus aguas con las mas crueles derrotas; aún la misma Africa, fiera todavía por haber visto deshacerse en otro tiempo contra sus rocas el valor de San Luis, y todo el poder de Carlos V. no hallandose segura dentro de sus murallas cañoneadas, se habia visto precisada á humillarse, y á venir á buscar asilo á los pies del trono de Luis.

Nosotros nos ensalzabamos con tantas prosperidades, y no sabiamos que la soberbia de los Imperios es siempre la primera señal de su decadencia.

Esta fue la grandeza de Luis en la guerra: jamás habia levantado la Francia tan formidables exércitos: jamás se habia adelantado tanto en el arte militar, esto es, en aquel arte funesto de enseñar á los hombres á destruirse unos á otros: jamás se habian juntado tantos famosos Generales; y por no hablar sino de aquellos primeros tiempos, un Condé, que á la primera vista decidia siempre de la victoria; un Turena, que aunque parecia mas tardo, era porque estaba mas seguro del feliz suceso; un Crequí mayor en el día de su derrota que en los de sus triunfos; un Luxembourg, que parecia jugaba con la victoria; y otros muchos que los han sucedido, los que á su tiempo pondrán nuestros Anales entre los Guesclins, y los Du-nois de nuestro siglo.

¡Pero ah! ¡Triste memoria de nuestras victorias! ¡Qué es lo que nos acuerdas! Soberbios monumentos levantados en medio de nuestras plazas públicas para inmortalizar las hazañas de nuestros heroes, ¡qué acordareis á nuestros sucesores quando os pregunten, como preguntaban en otro tiempo los Israelitas, ¿qué significan estos suntuosos y enormes monumentos? *Quando interrogaverint vos filii vestri dicentes; ¿quid sibi volunt isti lapides?* (a)

Les

(a) Jerem. 47. v. 6.

Les traereis á la memoria un siglo entero de horror y de carniceria, les hareis ver la flor de la nobleza Francesa precipitada en el sepulcro, tantas casas antiguas aniquiladas, tantas madres sin consuelo, que aún están llorando la muerte de sus hijos, nuestras campañas desiertas, sin producir, en vez de los tesoros que encierran en su seno, mas que espinas al corto número de labradores que se ven precisados á abandonarlas; nuestras ciudades desiertas, nuestros pueblos agotados, las artes sin emulacion, y el comercio decaído; les traereis á la memoria nuestras pérdidas, mas bien que nuestras conquistas. *Quando interrogaverint vos filii vestri dicentes; ¿quid sibi volunt isti lapides?* Los acordareis tantos lugares santos profanados, tantas disoluciones capaces de excitar la divina indignacion sobre las mas justas empresas, el fuego, la sangre, la blasfemia, la abominacion, y todos los horrores que produce la guerra; les traereis á la memoria nuestros delitos, y no nuestras victorias. *Quando interrogaverint, &c.*

¡Oh castigo de Dios! ¡Oh guerra! ¡Cesa ya de arruinar el patrimonio de Jesu-Christo! ¡Oh Espada del Señor tanto tiempo levantada sobre los pueblos y naciones, quando has de descansar! *¿O mucro Domini usquequo non quiesces?* ¡Oh Dios mio! ¡No está aún satisfecha vuestra venganza! ¡No ha de ser todavía permanente la paz que habeis concedido á la tierra! La inocencia del Augusto Infante que acabais de colocar sobre el trono de la nacion, ¡no ha de desarmar vuestro brazo mas de lo que le irritan nuestras iniquidades! Miradle desde lo alto del cielo, y no executeis en nosotros unos castigos que hasta ahora no han servido mas que de multiplicar nuestros delitos: *¿O mucro Domini usquequo non quiesces? Ingredere in vaginam tuam, refrigerare, & sile.*

Una tan larga série de prosperidades inauditas, que algun dia nos habian de costar tan caras, ensalzó muy presto el reyno á un punto de gloria y magnificencia

á que nunca habia llegado en los Reynados anteriores: La Francia era como el espectáculo y admiracion de toda la Europa. ¡Quántos Reales Palacios se edificaron para servir de habitacion á Luis, en donde juntas todas las maravillas del Asia y de la Italia, parecia que venian á tributar respetos á su grandeza! París, del mismo modo que Roma en sus triunfos, se enriquecía con los despojos de las naciones; la Corte, á exemplo del Soberano, mas lucida y mas brillante que nunca, hizo alarde de sobrepasar la magnificencia de las Cortes extrangeras; la ciudad, perpetua imitadora de la Corte, siguió su fausto; las Provincias á competencia seguian á lo lejos los pasos de la ciudad; mudóse la sencillez de las antiguas costumbres, no quedó mas señal de la modestia de nuestros Padres que sus antiguos y respetables retratos, los que al mismo tiempo que servian de adorno á las paredes, nos estaban reprehendiendo mudamente nuestra magnificencia; el luxo, precursor indefectible de la miseria, al mismo tiempo que corrompia las costumbres, secaba la raíz de nuestras riquezas; la misma miseria á quien él habia producido, no pudo moderarle; la perpetua inconstancia de los adornos se convirtió en genio de la nacion; la altanería pasó á ser gusto; nuestros mismos vecinos, que tanto nos aborrecian por nuestro fausto, no dejaban por eso de venir á buscar entre nosotros su modelo; y despues de haberlos arruinado nosotros con nuestras victorias, supimos tambien corromperlos con nuestro mal exemplo.

Entretanto cada dia se aumentaba la gloria del Reynado de Luis: La navegacion mas floreciente que en los anteriores Reynados estendió nuestro comercio á todas las partes del mundo conocido: fueron enviados hombres hábiles á los mas remotos países de ambos Emisferios, para que averiguasen los puntos fijos, y perfeccionasen las ideas de este arte: se levantó fuera de nuestros muros un celebre edificio, desde donde observando el curso de los astros, y toda la magnificencia de los cielos, se

le

le señalan al piloto caminos seguros en la vasta extension del Oceano, y se le enseña al Filósofo á que respete con humildad la inmensa Magestad del Autor de la naturaleza: nuestras flotas, ayudadas de estos socorros, nos traían todos los años, como las de Salomón, las riquezas del nuevo mundo: ¡Ah! aquellas naciones sencillas que habitan sus Islas nos enviaban su oro y su plata, y nosotros en vez de enviarlas en recompensa la fé, acaso no las enviabamos mas que nuestros vicios y desórdenes.

El comercio, que tanto se estendió por la parte de afuera, se facilitó tambien en lo interior del Reyno con unas obras dignas de la grandeza de los Romanos: Los rios, no obstante las tierras y colinas que los separaban, vieron reunirse sus aguas, y traer al pie de los muros de esta Capital el tributo, y las diversas riquezas de cada Provincia: Los dos mares que rodean y enriquecen este dilatado Reyno, se dieron la mano uno á otro, y un canal milagroso por lo extraordinario, y por los incomprehensibles trabajos de la empresa, reunió lo que la naturaleza habia separado con inmensos espacios.

Estaba reservado para Luis el acabar lo que los siglos anteriores de la Monarquía no se hubieran atrevido á desear. Este era el Reynado de los prodigios; nuestros Padres ni aún los habian imaginado, ni la posteridad los verá semejantes; pero acaso nuestros sucesores serán mas felices que nosotros, si logran ver el Reyno de la paz, de la frugalidad, y de la inocencia; no permita Dios que lleguen jamás al punto frívolo de nuestra grandeza, si la han de comprar á costa de las desgracias y vicios en que á nosotros nos ha precipitado.

Es verdad que no tenían límites los cuidados de Luis, para aumentar la gloria y el buen orden de su Reyno. La Ciudad Capital, habitacion de todas las naciones, y que encierra en sí, tanto lo mas escogido, como lo mas despreciable de nuestras Provincias, vió á este prodigioso número de habitantes, tan diferentes en costumbres, in-

sb

te-

tereses, y países, vivir como un hombre solo; la Policía quitó en ella á los delitos la seguridad que hasta entonces los habia concedido la confusion y la multitud; en medio de este cahos se veía reynar el buen orden y la paz, y en una infinita concurrencia de hombres que no se conocian unos á otros, á todos conocia la vigilancia del Magistrado.

Todo el reyno mudó de semblante del mismo modo que la capital: la justicia tuvo leyes fijas, el derecho de cada ciudadano no dependia ya del arbitrio del Juez, ó del poder de la parte; se publicaron reglamentos útiles que serán la jurisprudencia de todos los siglos venideros, se animó el estudio de los derechos Publico y Patrio, los Tribunales estaban adornados con unos Senadores célebres, cuyos nombres formarán algun dia la tradicion de los hombres grandes, que servirán de adorno á la historia de la Magistratura: Resplandecieron en los estrados de la judicatura la eloqüencia, y la ciencia de las leyes y máximas; y el Tribunal de el principal Senado se hizo tan célebre por su Magestad en las causas públicas, como lo habia sido el de Roma en los tiempos de los Hortensios y Cicerones.

¿A qué perfeccion no llegaron las ciencias y las artes? Famosas Escuelas que os juntasteis al rededor de el trono, y que asegurais su esplendor y Magestad con mas firmeza que los sesenta Soldados valerosos que rodeaban el de Salomón, vosotras sereis sus eternos monumentos: Allí se formó el gusto con la emulacion, y al paso que se aumentaba el mérito, se multiplicaban tambien las recompensas.

¿Qué hombres, y qué obras se vieron salir á un mismo tiempo de aquellas asambleas de sabios! Los Phidias, los Apéles, los Platones, los Sophocles, los Plautos, los Demóstenes, los Horacios, unos hombres y unas obras, cuyo gusto será siempre el gusto de las mas remotas edades de la Monarquía. Veo que revive el siglo de

de Augusto, y los tiempos mas famosos y cultivados de la Grecia. Era preciso que en el reynado de Luis todo quedase sellado con el sello de la inmortalidad, y que la Epoca de las letras fuese tan célebre como la de las victorias.

La Francia resonó mucho tiempo con pomposos elogios, y ya no nos han quedado mas alabanzas que desear. Pero ¡ay dolor! Al mismo tiempo que hemos añadido la ciencia, hemos tambien añadido el trabajo y la malicia: Las Artes, al mismo tiempo que han lisongea-do nuestra curiosidad, han producido el ocio: El teatro, mas floreciente que nunca, aunque es siempre el triste fruto de la abundancia, del ocio, y de la corrupcion, ha satirizado el vicio sin corregir las costumbres, y ha corrompido las costumbres haciendo mas amable el vicio. La Poesía, al mismo tiempo que ha introducido entre nosotros las sales y gracejos de los antiguos, nos ha traído tambien sus libertades y engaños: La Filosofía parece que ha perdido por parte de la sencillez de la fé, tanto como ha adelantado en el conocimiento de la naturaleza: La eloqüencia, siempre lisongera en las Monarquías, ha perdido su vigor con unas adulaciones peligrosas siempre aún para los mejores Principes. Finalmente, la misma ciencia de la Religion, debiendo con el mayor y mas profundo estudio que en ella se ha hecho producir la paz y la verdad, ha degenerado en vanas sutilezas, y eternas disputas. ¡Oh siglo tan ponderado! *Tu ignominia se multiplica al mismo paso que tu gloria.* (a) Pero la gloria era obra de Luis, y el abuso que de ella hemos hecho ha sido obra propia nuestra. De este modo resplandecia por de fuera la grandeza y fama de la Francia, quando al mismo tiempo se estaba arruinando interiormente con sus propias utilidades.

Lo que hasta ahora os he referido es una corta parte de

(a) Ose. 4. v. 7.

de las maravillas de que vosotros mismos habeis sido testigos: Toda la mayor grandeza de los Imperios se hallaba reunida al rededor de Luis: Tenia unos Ministros hábiles y prudentes, que son el alivio de los pueblos y de los Reyes: Nuestras fronteras estaban tan estendidas, que parece apartaban de nosotros la guerra para siempre: En todas partes se habian fabricado fortalezas tan inaccesibles, que mas parecian destinadas á amenazar á los Estados vecinos, que á defender el nuestro. La España se vió obligada á cedernos, con solemne testimonio, la preferencia que hasta ahora nos habia disputado: La misma Roma desaprobó con un público monumento el insulto que habia hecho al derecho de las gentes, y el ultrage que de ella habia recibido una Corona, á la que debe su esplendor, y la dilatada extension de su patrimonio. Finalmente, el mismo Soberano de una floreciente República bajó de su trono, de el que hasta entonces no habian bajado sus Predecesores, abandonó sus ciudades y su patria, y vino á los pies de Luis á poner á ellos las señales de su dignidad, para implorar su clemencia.

Estos grandes sucesos mas atraían sobre nosotros la envidia que la admiracion de la Europa: Unos sucesos que dan motivo á tanta envidia, podrán servir de adorno á la historia de un reynado, pero nunca aseguran la felicidad del Imperio.

¿Qué faltaba en aquellos felices tiempos á la gloria de Luis? Arbitro de la paz y de la guerra, Soberano de toda la Europa, decidiendo casi con la misma autoridad los negocios de las Cortes extrangeras, que los de sus propios Consejos: Hallando en el amor de sus vasallos recursos, que aunque agotaban sus riquezas no podian agotar su zelo. Conservando sobre los Príncipes de su Real Sangre, señalados con mil victorias, un poder tan absoluto como sobre los demás vasallos; viendo al rededor de su trono á los hijos de sus hijos, Padre de una numerosa posteridad, Patriarca, por decirlo así, de la

Fa-

Familia Real, y criando á un mismo tiempo á su vista los sucesores de los tres siguientes Reynados. Nunca se habia visto tan asegurada la sucesion Real: Veiamos crecer al pie del trono á los Reyes de nuestros hijos, y de nuestros nietos: Pero, ¡ay! que apenas ha quedado uno para nosotros mismos: No ha quedado mas que una centellita en Israel. Pero omitamos por ahora estas tristes imágenes, que no dexará de traernos á la memoria en la continuacion de este discurso la constancia de Luis.

¿Qué distantes parecian estar de nosotros estos dias de luto, en aquellos alegres dias en que dabamos Reyes á nuestros vecinos, y en que la misma España, que tantas veces habia amenazado trastornar el Imperio Francés, vino á poner todas sus Coronas sobre la cabeza de uno de los nietos de Luis!

En este grande dia se dexó ver como un nuevo Carlo Magno, colocando á sus hijos por Soberanos en diversas partes de Europa; viendo su trono rodeado de Reyes descendientes de su sangre; reuniendo otra vez, baxo la Augusta Estirpe de los Francos, los pueblos y las naciones: Dando movimiento desde su Palacio á las máquinas de tantos Reynos; y hecho centro y union de dos vastas Monarquías, cuyos intereses hasta entonces habian parecido tan incompatibles como sus genios.

¡Oh memorable dia! Es verdad que no serás escrito en nuestros fastos sino con la sangre que hiciste derramar de tantos Franceses: Las desgracias que nos preparabas nos han hecho amarga y triste esta gloria: Tus excelentes dones, al mismo tiempo que lisongearon nuestra vanidad, humillaron, y faltó poco para que arruinasen nuestro poder: España, quando era nuestra enemiga, no habia podido ofendernos; pero España, hecha nuestra aliada, nos consume: Nuestras desgracias permanecerán gravadas eternamente al rededor de la Corona que puso sobre la cabeza de uno de nuestros Príncipes. Pero aunque ha visto Castilla moderada nuestra gloria con nuestras pérdidas, nunca verá acabado nuestro agra-

Tomo VIII.

X

de-

decimiento á su eleccion , á su valor , y á su fidelidad.

Confieso , señores , que la gloria de los sucesos que ensalzan un reynado , muchas veces no suele pertenecer al Soberano : Los Reyes solamente son grandes por las virtudes que les son propias : Sus mayores felicidades muchas veces no sirven mas que de ocultar sus defectos , y mas son prueba de que están bien servidos , que de que son dignos del mando.

Pero yo no tengo que temer aunque despoje á Luis de toda su gloria , y os le manifieste como es en sí. ¡Qué prudencia , y qué acierto en los negocios! La Europa temia tanto sus Consejos como sus Armas : Sus Ministros estudiaban baxo su direccion el arte de gobernar : Su larga experiencia maduraba su juventud , y aseguraba sus talentos : Las negociaciones conducidas con destreza tenian siempre feliz éxito , por el secreto que en ellas se observaba. ¡Qué felicidad no prometia á la Francia la sola reputacion de su gobierno , si hubieramos sabido contentarnos con la gloria de la prudencia! Todos los Reyes vecinos , que quando nacieron hallaron ya á Luis envejecido en el trono , se hubieran tenido por hijos y pupilos de tan gran Rey : No hubiera sido Conquistador de sus reynos , pero hubiera llegado á tal punto la grandeza de su corazon , que despreciando la gloria de los triunfos , se hubiera contentado con ser su tutor y padre. (1)

De esta prudencia nacia la Magestad que se admiraba en su persona : Aún en la vida privada no se le vió olvidarse un instante de la gravedad y circunspeccion propias de la Dignidad Real. Jamás hubo Rey que supiese sostener , como él , el Magestuoso caracter de la Soberanía. ¡Qué grandeza , quando los Ministros de otros Reyes venian al pie de su trono ! ¡Qué exáctitud en sus palabras!

(1) *Jam Caesar tantus erat ut posset triumphos contemnere.* Horat.

bras ! ¡Qué Magestad en sus respuestas ! Nosotros las recogiamos como máximas de sabiduría : Temiamos que su silencio nos ocultase muchas veces unos tesoros , que eran propios nuestros ; y si es lícito decirlo , sentiamos tambien que escasease sus palabras á unos vasallos , que con prodigalidad le ofrecian su sangre y su amor.

Con todo eso , bien sabeis que en su Magestad no se hallaba señal alguna de soberbia : Quando daba entrada á sus vasallos , los recibia con extraordinario agrado : Sazonaba sus favores con un arte aún mas apreciable que las mismas gracias : La afabilidad de sus conversaciones hallaba siempre ocasion de mezclar con ellas lo que nosotros mas gustábamos de oir : Saliamos de su presencia llenos de gozo , y echábamos menos los instantes que su soledad y sus ocupaciones nos le ocultaban. Nacion fiel , nosotros siempre hemos gustado de ver á nuestros Reyes ; y los Reyes siempre ganan mucho en manifestarse á una nacion que los ama.

¡Y qué Rey hubiera ganado en esto mas que Luis ? Vosotros lo podeis decir aqui en mi lugar , ancianos , é ilustres vasallos , que siempre estabais ocupados al rededor de su persona. Entre vosotros este gran Rey no era el terror de la Europa , ni aquel cuya Magestad apenas podia sufrir nuestra vista : Era un dueño humano , agradable , benéfico y afable : El resplandor que le rodeaba le ocultaba á nuestra vista : Nosotros no veiamos en él mas que su gloria , pero vosotros veiais todas sus virtudes.

Se admiró en él un gran caudal de honor , de rectitud , de probidad y de verdad , prendas todas muy esenciales á los Reyes , y que no obstante suelen ser muy raras aún entre los hombres particulares : Fué un amigo fiel , un esposo que siempre respetó las virtudes de Teresa , no obstante las flaquezas que dividieron su corazon ; desaprobando , por decirlo así , con el respeto que la tenia , sus injustos amores , y renovando con la estimacion un lazo , que habian aflojado las pasiones : Fué



un padre amoroso, mayor en el cuidado de sus negocios domésticos, cuya fama acaso no pasará á nuestros sucesores mas que en los ruidosos sucesos de su reynado, que se conservarán en las publicas historias para la posteridad.

¿Pero qué son en la presencia de Dios estas virtudes humanas, quando no las santifica la piedad? ¡Ah! Las mas veces solo sirven de vano objeto á las alabanzas de los hombres, y á las venganzas de el Señor: ¿Pero de qué sirve para la eternidad esta gloria tan celebrada, y que ha dado motivo á tantas envidias y lisonjas, si no se ordena á aquel Señor á quien solamente es debida la gloria? No sirve mas que de ser causa de un juicio mas riguroso, tanto por la ambicion, adonde siempre guia, como por la vanidad que inspira: ¡Suerte terrible, y siempre mas digna de temerse en los mayores Reyes! Tú no podrás aumentar el luto de nuestros ruegos, ni turbar la paz de las ofrendas santas que descansan sobre el Altar, y que están implorando en favor de Luis la clemencia del Padre de las misericordias.

Conoció la nada de la gloria humana: *Et agnovit quod in his quoque esset labor, & afflictio spiritus.* Pero aun fué mayor por su humilde fé, y por su sincera piedad, que por el resplandor de su poder y de sus victorias.

## SEGUNDA PARTE.

**A**unque la unción santa que se derrama sobre los Reyes consagra su carácter, no siempre santifica sus personas: Sus obligaciones son tantas como su poder: El Cetro mas es señal de sus cuidados y servidumbre, que de su autoridad: Solamente son Reyes para ser padres y pastores de los pueblos: No nacieron para sí solos, y las virtudes particulares, que por sí solas aseguran la salvacion del vasallo, en el Soberano serian vicios.

A lo sublime de estas ideas reduce la Escritura el elogio de uno de los mas Santos Reyes de Judá: Conservó fiel su corazón á Dios: *Gubernavit ad Dominum cor ipsius*

*suis*: (a) Esta es la mas esencial obligacion de el hombre: Derribó las abominaciones de la impiedad, y todos los monumentos de el error: *Tulit abominationes impietatis*: Este es el zelo de el Soberano: Aseguró la piedad en los dias de pecado y de malicia, honrándola con sus favores y confianza. *In diebus peccatorum corroboravit pietatem*: y este es el exemplo que debe á sus vasallos, el que es su pastor y su padre.

Nació Luis con unos principios de religion y de temor de Dios, que nunca pudieron destruir aún los mismos desórdenes de la edad. La sangre de San Luis y de tantos Reyes que circulaba por sus venas, la memoria todavia reciente de un padre justo, los exemplos de una madre piadosa, las instrucciones de un prelado irreprehensible á quien se encargó su educacion, las felices inclinaciones, mucho mas seguras que las instrucciones y exemplos, todo parecia destinarle á la virtud de el mismo modo que al trono.

¡Pero ay! ¡Qué cosa es la juventud de los Reyes! Una estacion peligrosa, en que las pasiones empiezan á gozar de la misma autoridad que el Soberano, y á subir con él al trono; y Luis con especialidad, ¿qué podia esperar en estos primeros años? El hombre mas bien dispuesto de su Corte, y en quien brillaban la Magestad y la gracia, dueño de su voluntad, y poderoso para satisfacerla, viendo nacer todos los dias debaxo de sus pies muchos placeres, que estaban esperando con impaciencia sus deseos, no hallando al rededor de sí sino objetos muy instruidos en agradar, y que todos parecia estar unidos y dispuestos á agradarle á él solo, rodeado de Apologistas de las pasiones, que avivaban el fuego de la sensualidad, y que procuraban borrar sus primeras impresiones de virtud, dando títulos de honor al libertinage; en medio de una Corte lucida, en donde el regalo y el

(a) *Eccles. 49. v. 3. & 4.*